

J
10
SERMON

QUE

EN HONOR DEL OBISPO Y MÁRTIR



§ Dionisio Areopagita

Y EN EL

ANIVERSARIO DE LA GLORIOSA RECONQUISTA

de

ESTA M. N. Y M. L. CIUDAD DE JEREZ DE LA FRONTERA,

PREDICÓ

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DEL CITADO SANTO PATRONO

EL 9 DE OCTUBRE DE 1878,

EN LA SOLEMNE FUNCION CELEBRADA CON ASISTENCIA DE LOS ILUSTRES CABILDOS ECLESIASTICO

Y SECULAR,

EL PRESBITERO

D. Francisco Gonzalez Veiga y Vizorno,

Licenciado en Derecho Civil y Canónico,
Capellan de la Casa de Expósitos de esta referida ciudad é individuo de
la Real Sociedad Económica Gaditana de Amigos del Pais.



JEREZ

Imprenta de «El Guadalete,» á cargo de D. Tomás Bueno,
calle Compás, número 2.

1878.

*Hæc est victoria quæ vincit mundum:
fides nostra.*

Nuestra fé es la que nos dá la victoria en el mundo.

(1.^a EP. DE S. JUAN, C. 5.^o, V. 4.^o)

ILMO. SR. : SR. EXCMO. :

Hay circunstancias en la vida del hombre, árduas y difíciles en sumo grado: las que yo atravieso en estos momentos constituyen una de ellas. ¿Porqué habeis confiado á mi insuficiencia el honrosísimo encargo de ocupar en este solemne dia la cátedra de la Religion? Jerez, la noble ciudad cuyo nombre se ha immortalizado en la historia de la patria, viene hoy al templo del Señor para admirar las virtudes de un héroe y de un sábio, que ofreció á la Religion del Crucificado dias de gloria y de triunfo, y viene al mismo tiempo á dar gracias al Omnipotente Dios de las batallas por un acontecimiento memorable que orló de frondosísimos laureles la historia de este antiguo pueblo.

Un hombre ilustre de la edad antigua, presidente de una corporacion distinguida en su tiempo, haciéndose superior á su siglo, humilla y vence con sus virtudes y con su constancia en el martirio, la fiereza de los hijos del error y de la supersticion: algunos siglos más tarde, nuestros padres, cristianos y caballeros, inspirados en la misma fé del

grande Dionisio, que así se llamaba el esclarecido hombre á que me refiero, lavan dos veces en este mismo dia la ominosa mancha del Guadalete y devuelven á la Religion y á la Patria la antigua Asido (1), la hermosa ciudad que luengos años gemia bajo la dura esclavitud del agareno. Ved aquí dos hechos históricos, aunque separados por la distancia de mil y doscientos años; dos hechos gloriosos que la historia de la Iglesia y la historia de la sociedad consignan en páginas de oro y que han facilitado asunto á los historiadores, á los panegiristas y á los poetas, para desplegar en sus obras inmortales y en honor de aquellos héroes, todas las galas del lenguaje, todas las bellezas del estilo. Señores, en estos instantes me siento abrumado bajo el peso de tanta grandeza y de tanto heroísmo. ¿Cómo habia de pensar cuando en estos últimos años ocupaba asiento entre vosotros para oír los inspirados poemas de la erudicion y del talento que aquí, en este mismo sagrado sitio, hánse pronunciado, que en no lejano dia me estaba reservado el honor de panegirizar ¡oh amado pueblo! tu abnegacion y tu heroísmo?

Pues así lo habeis querido, representantes de nuestra nobilísima Ciudad, y ya que os acordásteis de mi pobre ingenio para una comision superior á mis débiles fuerzas, yo espero que no me negareis, en estos difíciles momentos, la indulgencia que acompaña siempre al verdadero saber y al verdadero mérito, y la benevolencia que jamás abandona á los que se precian de ser descendientes de los ilustres

(1) El nombre más comun con que en lo antiguo fué conocida esta ciudad era el de Asido. Los árabes la denominaban Xaréz, de donde viene Jerez.—(*Noches Jerezanas*, tomo I, pág. 11.)

varones que en Tempul, en Redira y en Majaceite, demostrar supieron con sus gloriosas hazañas el poder de la Santa Cruz del Calvario sobre la mediana africana; y alentado por estas esperanzas, comenzaré mi discurso diciéndoos:—Jerezanos, este es el dia que hizo el Señor, el dia de las clemencias del cielo, el dia de vuestro júbilo, el dia en que debéis demostrar vuestra gratitud al Dios que todas las cosas ha hecho. Sangre generosa, sangre bendita, vertida en aras de la Religion y de la Patria, nombres ilustres que jamás se borran de la conciencia de los buenos, frondosísimos láuros que la destructora mano del tiempo no ha podido marchitar, glorias radiantes que eclipsar no puede ni aún el sol del medio dia cuando irradia su potente luz en lo más alto del firmamento: esto es lo que conmemorais en este dichoso dia; y todo, permitidme que lo diga, hombres indiferentes, hombres incrédulos, todo debido á la accion salvadora del Catolicismo, todo creado á la sombra bendita de aquel sublime árbol que un dia se alzara en la más elevada cumbre del Gólgota para dar la vida al mundo, para rehacer lo que habia trastornado la primitiva culpa.

Sí; todo esto es hijo del Catolicismo; todo se debe al Catolicismo que regenera al individuo, que engrandece á la sociedad cuando la sociedad y el individuo se hallan al borde de su perdicion y de su ruina. ¡Oh! lo dice la historia en sus siempre elocuentes páginas: la historia de las sociedades nos enseña que apenas aparece sobre la tierra la idea católica, produce una revolucion saludable, levantando al hombre de su envilecimiento, señalándole nuevos y más grandiosos destinos y proclamando los sublimes principios de la caridad cristiana: de la caridad, ¡divina virtud! hija del cielo, que de todas las sociedades debia formar un solo pueblo, ó

mejor dicho, una gran familia de hermanos enlazados por los dulces vínculos del más puro amor, y obedientes á un Padre comun que reside en los cielos.

Y si nuestras glorias, nuestros triunfos y nuestras conquistas, nuestros génios, nuestros guerreros y nuestros héroes vienen del Catolicismo, hijos son de la sublime doctrina predicada por el Mártir del Calvario, ¿á qué, señores, rechazar lo que es origen de nuestra felicidad y perfeccionamiento, para admitir otras ideas y otros principios que nos lleven al ateismo y á la anarquía? Quédense en buen hora los sectarios del error con sus utopías é ilusiones; quédense los falsos filósofos de este descreido siglo con sus teorías y deslumbradores sistemas, que en definitiva dejan tinieblas espantosas en la inteligencia y agudas y punzantes espinas en el corazon; que nosotros, hijos de Recaredo, de Pelayo, de los Alfonsos y Fernandos, nos hallamos bien con nuestro Catolicismo histórico, porque sabemos con el Apóstol San Juan, que la fé en Nuestro Señor Jesucristo, la fé en su santa doctrina, nos dá en el mundo la más gloriosa victoria. *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.*

ILMO. SR. : SR. EXCMO. : creo haber dicho lo suficiente para comprender cuál será el pensamiento dominante en mi discurso. Si la fé católica regenera al individuo y engrandece las sociedades, dicho se está que á ella debemos acudir en los momentos de descomposicion social, como acude el náufrago á la lejana playa que en lontananza distingue, ó el caminante al oasis de fertilidad y hermosura puesto por la mano de Dios en la inmensidad del desierto.

Esto es lo que me propongo desarrollar en mi oracion, y para mayor claridad estableceré la tésis siguiente deducida de las citadas palabras de San

Juan: *Debemos profesar un grande amor á la idea católica, porque regenera el corazon del hombre y civiliza y engrandece las sociedades, lo cual constituye una victoria gloriosísima sobre el mundo. Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.*

Del primer motivo nos dará ejemplos fecundos la vida y el sacrificio de nuestro inmortal patrono el ilustre San Dionisio, y probará elocuentemente el segundo, la historia de nuestra patria en los memorables dias de su heróica reconquista. Lo repito: quisiera reunir en estos momentos todas las dotes necesarias para trazar el magnífico cuadro de vuestras glorias con la brillantez que exige; empero confío en vuestra indulgencia, y sobre todo en los auxilios de la divina gracia, que pediremos al cielo por mediacion de la que dispensadora es de las mercedes del Altísimo.

Soberano Señor Sacramentado: en estos momentos necesito la inspiracion de lo alto para publicar las grandezas de mi religion y de mi patria, debidas á los sublimes principios de vuestro Santo Evangelio. Enviad, pues, á mí una chispa siquiera de esa divina luz que esclarece todo entendimiento y ablanda todo corazon; pero, Señor, si mi plegaria es tan débil que llegar no puede hasta vuestro Sólido agosto, yo la presento en manos de vuestra dulcísima Madre la Virgen María, á quien con mis oyentes saludo diciéndola: AVE MARIA.

¿De qué pueden acusarnos nuestros enemigos ante la razon y la historia que no esté desmentido con hechos que jamás serán puestos en tela de juicio? No; no es oscurantista ni fanática; no es opresora ni enemiga de los verdaderos progresos aque-

lla institucion que, indicando al hombre extraviado su origen y sus grandiosos destinos, levanta á la familia de su abyeccion y envilecimiento, y poniendo en los códigos principios de eterna justicia, desconocidos de los sábios de la antigüedad, coloca á las sociedades en las hermosas vías de su regeneracion y perfeccionamiento. Tal es la doctrina católica; la Santa Religion que profesamos, y á la cual debemos un nombre distinguido en la historia de los pueblos.

Esta Religion venia á reedificar lo que destruyó el crimen del primer hombre en el Paraiso; venia á crear, digámoslo así, un hombre nuevo, borrando de su corazon las reliquias del viejo, señalándole por patria el cielo, objeto de las constantes aspiraciones de su alma, y haciéndole sobre la tierra verdaderamente feliz y dichoso aún enmedio de sus dolores y amargos infortunios; venia á condenar en las sociedades la injusticia, la inmoralidad y la licencia, y con voz amorosa, como la de la tierna y solícita madre que llama á sus hijos, venia á convocar á todos los pueblos de la tierra en torno de la civilizadora Cruz de Jesucristo, para que en adelante no hubiese distincion entre patricios y plebeyos, ciudadanos y extranjeros, libres y esclavos, judíos y gentiles, sino para que todos fuesen unos, como hijos de un mismo padre, rios de un mismo origen, ramas de un mismo tronco ó flores de un mismo tallo; venia, en una palabra, á formar una sociedad de creyentes fundada sobre unos cimientos más sólidos que los del gentilismo, más duraderos que los que ofrecer podia la falsa ciencia de los antiguos filósofos. Y todo esto consiguió el Catolicismo, á pesar de que sus primeros templos fueron las catacumbas, y los patíbulos los primeros tronos de sus augustos Pontífices, y lo consiguió sin oro, sin armas, sin legiones y sin capitanes, porque era la obra de Dios:

la obra que se realiza en el tiempo para demostrar la infinita caridad del que en el Paraiso, á través de su justicia, ostentar quiere su clemencia y misericordia.

Pues esto lo enseña el gran libro de la historia: leed, incrédulos, indiferentistas; leed la historia de los pasados siglos, y vuestra orgullosa frente se inclinará al saber que todo lo que hoy os admira en los pueblos modernos, justicia, igualdad, fraternidad, virtudes religiosas, morales y políticas, todo, todo es del Catolicismo, todo ha nacido á la sombra de este divino árbol, como en la primavera nacen las flores bajo la benéfica influencia del sol de Mayo y el purísimo rocío de la mañana.

Señores: afirmo que ese invicto mártir cuya sagrada imágen contemplais, nos dice lo que vale la fé católica para regenerar el corazon del hombre, y que ese pendon, teñido en la generosa sangre de mil mártires, nos enseña la santa influencia de la misma fé para engrandecer las sociedades; pues en este solemne dia en que recordais las glorias de vuestro inmortal Patrono y de vuestros esforzados abuelos, yo he querido demostrar estos dos extremos contra la incredulidad y el indiferentismo religioso del siglo en que vivimos, á fin de despertar en vuestros corazones sentimientos de gratitud y de amor hácia la santa religion que así santifica al hombre como engrandece á los pueblos.

Para ello, venid conmigo á la antigua Aténas. Nos hallamos en la hermosa aurora del Catolicismo; la sangre de nuestro buen Jesus aún humea sobre las negras cumbres del Gólgota, y apenas se ha dissipado aquel triste, doloroso gemido de la naturaleza que hizo adivinar á nuestro ilustre Patrono la muerte del Justo cuando prorumpe en estas significativas frases: «*O padece el Dios de la naturaleza, ó*

se descomponen la máquina del mundo.» Aténas se precia de ser el emporio de la civilización, de la ciencia y de los adelantos de aquel tiempo; pero ¿es verdaderamente civilizada? ¿puede regenerar el corazón del hombre? No; de ningún modo; porque frente al altar levantado á un Dios desconocido, *Ignoto Deo* (1), se alza otro en honor de Vénus la prostituta, á quien sábios é ignorantes, grandes y pequeños reconocen como salvadora de Grecia; los ritos y ceremonias de su culto, simbolizan la más grosera superstición; sus sacrificios son inhumanos y repugnantes; sus espectáculos inmorales y hasta crueles, porque en ellos corre la sangre humana entre los aplausos de la entusiasmada multitud; su ciencia, á pesar de sus innegables adelantos, carece de principios fijos; y lejos de conducir al hombre á la verdad, lo entrega á las ilusiones de los epicúreos, estoicos, peripatéticos y otras mil sectas que trastornan la inteligencia y corrompen el corazón: sus leyes son frecuentemente duras é inhumanas; sus filósofos y jurisconsultos han caído en descrédito, porque adoran lo mismo que rechazan con su palabra y con su pluma (2), y por todas partes en lo religioso, en lo civil y en lo político se percibe el corrompido ambiente de una sociedad que agoniza. Señores: aquí falta algo, y lo que falta es la radiante luz de la divina revelación, luz purísima que esclarece el entendimiento del hombre y regenera y salva á las sociedades.

(1) Así designaban á la Divinidad aquellos que, no conformes con las ridículas fábulas del politeísmo, admitían la unidad de Dios.

(2) Sócrates, considerado generalmente como el Protomártir del monoteísmo, ofrecía sin embargo sacrificios á los dioses patrios: así lo dice el P. Perrone en sus *Praelectiones teológicas*, tomo I, pág. 16.

Pues en este pueblo incrédulo, á pesar de tantos dioses; inmoral, á pesar de tantos sábios y academias, vive, se halla el hombre ilustre bajo cuya protección la noble Jerez de la Frontera ha llevado á cabo sus más gloriosas empresas. Pero decidme: ¿data de aquí la grandeza y la gloria de Dionisio? No, señores. Es verdad que el lustre de su cuna y la nobleza de sus antepasados le colocan entre los hombres más distinguidos de su tiempo; es verdad que su posición y sus riquezas le ofrecen todos los halagüeños encantos de la vida; es verdad que sus profundos conocimientos como filósofo, su discreción y tino como jurisconsulto y su arrebatadora elocuencia como tribuno, le han llevado á lo alto de la colina para presidir el Areópago (1), que es el más augusto tribunal de toda la Grecia. Dionisio tiene todo lo que el hombre puede desear en la vida; ciencia, honores, riquezas, posición social, lustre de linaje; pero ¡ay! que no es verdaderamente grande todavía, porque no posee la ciencia de Dios, porque carece de unos bienes que son más brillantes que el oro y más duraderos que los efímeros y transitorios del mundo. Dionisio, sabio, rico, noble y distinguido, vive entre las tinieblas de la superstición y del gentilismo; carece de la fé que pone dentro del hombre un nuevo corazón: es en verdad una luz, pero sin resplandores; un árbol frondoso, pero sin frutos; una flor bellísima, pero sin aromas. Ni Grecia con sus sábios y academias, ni aún la misma Roma con sus leyes y con su aparente civilización, podían engrandecer verdaderamente á Dionisio, ele-

(1) Tribunal Supremo de Justicia al cual eran sometidas las causas civiles y religiosas. Hasta los romanos, á pesar de su orgullo, tenían en grande estima titularse Areopagitas.—(Croisset.)

varlo á la prodigiosa altura en que lo contemplamos: para esto se necesitaba algo sobrehumano, algo que tuviese fuerza intrínseca para producir la completa renovacion del individuo, y ese algo celestial, divino, fué la santa fé católica, que nos dá la victoria en el mundo. *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.* Escuchad un momento.

Un dia se presenta como acusado (1) ante el alto tribunal un pobre hebreo, desconocido, sin recursos, sin prestigio alguno; los sábios del Areópago lo reciben con la sonrisa del desprecio en los lábios, porque consideran como una demencia predicar en la capital de la ilustrada Grecia doctrinas de abnegacion y de sacrificios; pero el extranjero no se turba; lo sostiene y lo alienta cierta fuerza interior, y con noble arrogancia, con la santa arrogancia que la fé inspira á los justos, dice á los orgullosos areopagitas: «*Ciudadanos de Atenas: habeis erigido un altar al Dios desconocido; pues yo os digo: ese Dios hizo los cielos, la tierra, los ángeles y los hombres; ese Dios es el único verdadero á quien todos debemos adorar;*» (2) y á continuacion explica los fundamentales dogmas del Catolicismo. Aquel pobre acusado, aquel humildísimo extranjero era el antiguo Saulo; era Pablo el que en el camino de Damasco, herido por la gracia divina, se convierte, de perseguidor acérrimo de cristianos, en celoso Apóstol de las gentes. Y Pablo, ante los sábios del Areópago, consigue el más glorioso triunfo sobre la filosofía humana: la impiedad, es cierto, como siempre hace, lo calumnia; la incredulidad y el indiferentismo aplazan escucharlo; pero la verdadera nobleza y la verdadera hu-

(1) *Hechos de los Apóstoles*, cap. 17.

(2) *Act. Ap.*, cap. 17, v. 23 y siguientes.

mildad lo atienden complacidas. ¡Oh prodigio de la gracia divina! El presidente del más alto tribunal de la Grecia, el profundo filósofo, el sábio magistrado Dionisio, vé irradiar en la frente de Pablo una luz que los demás no vieron: los argumentos del Apóstol le parecen desde luego convincentes, irrefutables, y en sus palabras encuentra cierta dulzura, cierta melodía parecida á la de los ángeles del cielo. ¡Ríndete ya á la verdad, hombre esclarecido, que ella te dará la victoria, ella te hará grande y poderoso cual hacerte no pueden ni tu ciencia, ni tus honores, ni tus riquezas!

Señores: vais á contemplar un grande milagro que todos los dias se repite: la influencia de la gracia divina ablandando los más duros corazones. Apenas Dionisio ha escuchado las razones de Pablo, todo lo renuncia por seguirlo; su dignidad, sus honores, sus risueñas esperanzas. ¿Y para qué? para emprender esa vida de dolor, de mortificacion, de grandes y prolongados sacrificios, que es la vida de los Santos sobre la tierra: la vida de humildad de que nos dá ejemplos admirables Jesus nuestro divino Redentor al tomar por cuna un pesebre y por lecho de muerte una Cruz teñida en su pura é inocente sangre y colocada en lo más alto del Calvario. ¿Encontrais en la sociedad ejemplos semejantes? Sí: yo los encuentro repetidas veces; pero no entre los hijos de la incredulidad; no entre los sectarios de la moderna filantropía, sino entre los hijos de la Cruz, entre los hijos de la fé, porque sólo aquí se llevan á cabo los pensamientos generosos y heróicos. Veo el ejemplo del grande Dionisio en el misionero que se lanza allende los mares en busca de almas para Dios; en la doncella que renuncia las halagüeñas perspectivas de la vida para encerrarse en el claústro ó para volar á los hospitales y asilos de la indigencia;

en el sábio, que sin esperar recompensa del mundo, pasa su vida en prolongadas vigiliás y sérios estudios para ser útil á sus hermanos; en el magistrado, que todo lo sufre con cristiana resignacion antes que faltar á los deberes de su conciencia; en todos aquellos, en fin, que teniendo siempre presentes las divinas máximas del Santo Evangelio, saben que la verdadera grandeza y la verdadera gloria consisten en la abnegacion y en el sacrificio.

Ya tenéis el corazón de Dionisio completamente renovado, merced á los prodigios de la fé; ella le dará una victoria mayor que las ovaciones recibidas en el Areópago cuando era gentil, porque vá á inmortalizar su nombre de generacion en generacion. No busqueis ahora en Atenas al filósofo, al hombre distinguido; porque lo que encontráis en Dionisio es un Obispo y un Apóstol celoso de la verdad, que aparta su vista de la corrupcion de la tierra para ponerla en las purísimas delicias del cielo; su inteligencia, en otro tiempo trastornada por los errores de secta, está ahora iluminada por la luz divina de la verdad; y en su corazón, que debió estar manchado con los vicios de su tiempo, se anidan todas las hermosas virtudes del Cristianismo. Enviado más tarde, segun nos dice antigua tradicion, á la capital de Francia (1) como Obispo ó como Apóstol, dá muestras repetidas de que la fé católica cambia enteramente al hombre. ¿Hay infieles que convertir, incrédulos que convencer, lágrimas que enjugar? ¿Hay dolores, miserias, necesidades é infortunios? Pues allí estará siempre Dionisio para ser, por su

(1) Croisset en su *Año cristiano*, mes de Octubre, vida de San Dionisio, sigue esta opinion apoyado en las autoridades que cita. La misma opinion sigue el Dr. D. Sebastian Herrero, hoy dignísimo Obispo de Vitoria, en el sermón predicado en 1860.

ardiente caridad para con el prójimo, y en virtud del don de milagros que el cielo se digna concederle, el paño de todas las lágrimas, el bálsamo de todas las heridas, el lenitivo de todos los dolores y el consuelo de todas las aflicciones; y como la impiedad y la malicia obran siempre de la misma manera contra el justo y contra el santo, ved aquí por qué los aplausos que Dionisio recibia en Atenas se convierten ahora en terribles calumnias. ¿Pero qué importa esto si precisamente lo que Dionisio desea es padecer, es sacrificarse, es morir por su Dios y por la santa doctrina que predica? Paris habia admirado en Dionisio un modelo de altas y civilizadoras virtudes: ¡ay! ahora vá á contemplar en el antiguo areopagita la constancia, la fé, el valor heroico del mártir. Persecuciones, cárceles, hierro, fuego, cruz; todo cuanto inventar podian contra los cristianos la supersticion y el encono del gentilismo, todo se prepara para el ilustre Dionisio. Tenia que apurar, hasta las heces, una copa de dolor y de amargura, que es con frecuencia la recompensa del justo sobre la tierra; y Dionisio bebe tranquilo ese cáliz recordando en medio de sus tribulaciones estas consoladoras máximas de su divino Maestro: «*Si el mundo os odia, sabed que antes que á vosotros odió á mí.*» «*No es el discípulo de mejor condicion que el maestro: yo os envío como corderos en medio de lobos.*»

Y qué: los dolores sufridos en crueles suplicios, ¿habrán entibiado su caridad? No lo esperéis ni un momento del hombre que ha triunfado por la fé. ¿Habeis visto alguna vez en un dia de tempestad, cuán firme permanece en la eminencia de la colina el alto y robusto cedro, á pesar de ser rudamente combatido por el poderoso soplo del huracan? ¿Visteis cuán inquebrantable está la dura y gigantesca roca violentamente azotada por las revueltas olas

del mar...? Pues más inquebrantable, más firme me parece el grande Dionisio en presencia de sus jueces y verdugos. Sin doblegarse ante mundanas consideraciones; sin transigir con el error; con una elocuencia más sublime que en Atenas, predica á Jesus Crucificado; condena los errores del politeísmo, y su santa y venerable cabeza, teñida en su propia inocente sangre, cae milagrosamente entre sus manos á la sacrilega hacha del verdugo. ¿Muere? No, señores, Dionisio no ha muerto: vive eternamente en el cielo para enseñar á las venideras generaciones el maravilloso poder de la santa fé católica, renovando el corazón del hombre.

Cristianos: decidme ahora: Atenas, á pesar de titularse emporio de la cultura y de la ciencia; Esparta, á pesar de la austeridad de sus costumbres; Roma misma, á pesar de sus dioses y de sus leyes; el mundo antiguo, en una palabra, á pesar de sus Sócrates, Pitágoras, Solones y Licurgos, sus academias y sus escuelas, ¿pudieron formar un hombre semejante al ilustre Patrono de esta ínclita ciudad? Y viniendo á los tiempos modernos, decidme: la filosofía, con sus múltiples sistemas y numerosas sectas; el cisma, con su odio siempre creciente al sucesor de Pedro; el protestantismo, con sus funestos principios de libre exámen, ¿han podido tener hombres de abnegacion y de caridad semejantes al que contemplamos puesto á nuestra veneracion en ese Altar? No: hombres de esa talla, figuras tan simpáticas, solo se encuentran en el Catolicismo; en el Catolicismo, que para renovar al hombre, enséñale la Cruz de Jesucristo como símbolo de la mortificacion y de la penitencia, en que estriba la verdadera grandeza. Por esto, Ilmo. Sr., Sr. Excmo., para elogiar las virtudes de nuestro Santo Patrono, quise decir en esta primera parte del discurso las significativas

palabras del Apóstol San Juan: «Nuestra fé, renovando al individuo, nos dá la victoria en el mundo.» *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.*

Estudiemos ya cómo esta misma fé católica, esta misma bendita religion produce el engrandecimiento de las sociedades; y de esta verdad ostenta pruebas elocuentísimas la historia de nuestra patria en los memorables dias de su heroica reconquista; asunto que corresponde á la segunda parte.

¡Jerez, noble Jerez! ¡cuán hermosos aparecen tus laureles en la historia de la patria! ¡cuán radiante brillas entre los pueblos grandes y heroicos! tu abnegacion, tu patriotismo, tus prolongados sacrificios recuerda con entusiasmo la fama, y los preclaros nombres de tus hijos escritos están en la historia, orlados con el mirto y el laurel de los héroes. Los castillos y leones de tus armas simbolizan tu fortaleza, tu valor y tu constancia, y esa gloriosa bandera que ahora colocas junto al altar del sacrificio, es el gran libro donde se lee tu realeza y tu hidalguía.

Señores: Recaredo comprende que para regenerar y engrandecer un pueblo, no hay medio más propio que la santa doctrina católica; y por eso, siguiendo los piadosos consejos de Leovigildo y San Leandro, abjura con sus caballeros los absurdos errores del Arianismo: desde entonces nuestros padres distinguieron ya en lontananza la aurora bendita del dia de la salvacion de la patria despues de aquella prolongada noche del paganismo en que tanta sangre habian vertido y tantos suspiros exhalado. Pero ¡ah! que ellos se olvidaron bien pronto que, no el poder militar, no el poder de las leyes, no

el poder de la ciencia por sí solos dan á los pueblos la victoria en el mundo, sino el poder de la cruz; la maravillosa influencia de la fé. ¡Ah! que el trono de los monarcas, lo mismo que las cabañas de los menesterosos; los sábios como los ignorantes, se mancharon con crímenes y abominaciones indignas de un pueblo cristiano y caballero cual se preciaba de serlo la España goda. ¡Ah! que rota bien presto la santa alianza que el Catolicismo mantenía entre vencedores y vencidos, todos se entregaron á los ódios de raza y á las funestísimas divisiones de los partidos.

Ahí está el Guadalete, cuyas agitadas ondas teñidas en sangre presenciaron el castigo que viene sobre los pueblos rebeldes y prevaricadores; allí se hundió para siempre el trono de Recaredo y de Chisdasvinto, que fué grande entre las naciones mientras que lo iluminaba y dirigía el refulgente sol del Catolicismo; y las reales insignias del infortunado Don Rodrigo, halladas á orillas del río que circunda nuestra deliciosa vega (1), indicaban al viajero que la triste España había quedado reducida en un instante á la dura condicion de esclava del fiero ismaelita. Desde aquel día, triste para nosotros como el día de la tempestad, se eclipsaron nuestras glorias militares y de conquista; marchitáronse los laureles de Sagunto y de Numancia; los nombres de nuestros guerreros y de nuestros héroes quedaron oscurecidos, y como Jeremías llorando las tribulaciones de Jerusalem, así el Angel tutelar de nuestro pueblo, escondido el rostro entre sus alas, lloró nuestra ruina y nuestra afrenta. España, patria querida, ¿á dónde te han conducido tus grandes pecados? Dormiste sobre tus laureles, te separaste de tu Dios, y

(1) *Noches Jerezanas*, tomo I, pág. 29.

tu Dios así te castiga sujetando tus manos con pesada cadena. Pensad, señores, como queráis; que yo, buscando la causa de la repentina invasión de los árabes en nuestra Península, guiado por la luz de la fé, la encuentro en esa infinita Providencia, sin cuyo concurso, según la palabra evangélica, agitarse no puede la hoja del árbol. Sí; castigo fué de la Providencia Divina la ominosa afrenta del Guadalete: la mano justiciera de Dios tenía que vengar los crímenes de los monarcas y los repugnantes vicios de los súbditos; tenía que demostrar al mundo una vez más que las sociedades peligran, marchan precipitadamente á su ruina cuando se apartan de Dios, que es su más firme sostén.

Pero el castigo fué terrible; la prueba dura y tremenda: ante la media-luna del africano, desaparecieron nuestra libertad é independencia, como las débiles aristas que arrastra el poderoso soplo del huracan; los castillos y torreones de nuestros nobles y antiguos caballeros, viéronse precisados á sustentar las victoriosas enseñas del sarraceno yugo; nuestros templos fueron destruidos, y sobre el altar donde hostia pura se inmolaba al Dios tres veces santo, vióse el inmundo Alcorán, que es el compendio del fanatismo y de la supersticion; nuestras hermosas y florecientes ciudades fueron saqueadas y destruidas; el hogar doméstico profanado y más de una vez ¡oh dolor! el padre tenía que presenciar la sacrílega violacion de la esposa y de la hija (1).

Sociedad moderna: medita, contempla nuestra triste historia en aquellos aciagos días, y aprende en el libro de nuestros infortunios lo que te espera si vuelves tus espaldas al luminoso faro que te se-

(1) Mariana, *Historia de España*, lib. VI, cap. 23-24.

ñala el camino de tu regeneracion y perfeccionamiento. ¿Qué vas á conseguir fuera de la salvadora doctrina de la Cruz? ¡Oh! no confies demasiado en la falsa filosofía de este descreido siglo, porque se pierde en elucubraciones insensatas, sin dejarte en posesion de la verdad á que aspiras; no confies en esa llamada moral universal que sanciona, llegado el caso, las injusticias y los más atroces crímenes, pero que no te enseña á practicar la virtud y el bien. Todo esto, como atestigua la diaria experiencia, es origen de los trastornos que lamentamos; todo esto lleva á los pueblos al ateísmo y á la anarquía, y agranda ese cáncer terrible de las modernas sociedades: el socialismo. Señores: si hemos de vernos libres de nuestros males, menester es volver la vista al Catolicismo: lo enseña la historia: el Catolicismo nos lleva á vencer sobre el mundo.

Porque esta Religion divina es la que mejor enseña al hombre el cumplimiento de sus deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes; la que establece la familia sobre el amor puro, desinteresado como el de los ángeles del cielo; la que introduce en los códigos de las leyes los eternos principios de la justicia y de la moral más pura; la que á los reyes y gobernantes dice que son como padres y al mismo tiempo como servidores de sus pueblos; la que á los súbditos manda obedecer, no por temor servil de la pena, sino por deber de conciencia; la que condena las rebeliones, las injusticias, el crimen y el pecado; la que á los ricos ordena enjugar las lágrimas y socorrer las necesidades de los desgraciados; la que á los pobres ofrece ejemplos sublimes de la resignacion cristiana; la que, en una palabra, civiliza, regenera, salva á las sociedades por la caridad cristiana, que no se encuentra en las sectas separadas del Catolicismo.

Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.
En los dias aciagos que atravesamos, en la difícil prueba por que nos hace pasar el moderno filosofismo, no vemos más remedio, más salvacion que la fé católica, faro bendito encendido á las sociedades para indicarles una playa, un puerto de salvacion; arca misteriosa que flota sobre el agitado mar de las humanas pasiones, ofreciendo el bien y la felicidad á los que á ella se acojan.

Así lo comprendieron nuestros mayores: al despertar de su letargo y verse convertidos en tristes esclavos, conocieron toda su ignominia y toda su afrenta. Ellos veian con dolor sus altares destruidos, y sus glorias eclipsadas, y sus laureles marchitos, y sus hogares profanados, y las africanas banderas ondeando triunfantes en sus villas y ciudades: entonces, como los hijos de Israel en los momentos de tribulacion, fijaron su vista en el purísimo azul de los cielos, y en los cielos contemplaron el radiante sol de halagüeñas y consoladoras esperanzas. Sin el concurso de la fé no se llevan á cabo empresas verdaderamente grandes y heroicas, y por eso nuestros padres, al dar en Covadonga el santo grito de la libertad y de la independenciam de la patria, apelan al sentimiento religioso, á la fé de sus mayores.

Esa fé es la que los lleva á la lucha y á la victoria; la que anima su valor, la que enciende su coraje; esa fé es la que les ofrece frondosísimos laureles desde los escarpados riscos de Astúrias hasta las hermosas vegas de la poética Granada. Por ella, en la historia de la reconquista, pueden leerse nombres tan gloriosos como Alange, Clavijo, Mérida, Talavera, Simancas y Caltañazor, donde el orgulloso Omniada vé eclipsarse para siempre su grandeza ante las triunfantes banderas de los caballeros

cristianos; Toledo, Calatrava, Sepúlveda y las márgenes del Tajo, donde el Almoravide es completamente derrotado; las Navas, Córdoba, Sevilla y el Salado contra el Almohade, y en cuya última gloriosísima jornada, vuestros abuelos, jerezanos, en union de los caballeros de Lorca, y llenos todos de fé en la santa causa que defendian, arrancan á un rey moro ese antiguo pendon, el pendon de Benamarin, que religiosamente conservais en la casa del Señor como monumento el más preciado de vuestra nobleza é hidalguía. La idea religiosa fué la que formó en nuestra patria monarcas tan grandes como Alfonso el Católico, Alfonso sétimo, Fernando tercero, Fernando quinto é Isabel primera; capitanes é ilustres caballeros como el Cid y Guzman el Bueno: y si quereis una prueba más directa de que el sentimiento religioso salva y engrandecé á los pueblos, recordad, recordad los dias gloriosísimos de la doble conquista de vuestra ciudad.

Hablen en estos momentos por mí aquellos intrépidos cámpiones de la fé que dos veces en este memorable dia y bajo la proteccion del mártir San Dionisio, libran este pueblo del yugo agareno que luengos años lo esclavizaba. Cristianos y caballeros repetidas veces habian secundado los heróicos esfuerzos de sus hermanos en cien y cien gloriosas jornadas; pero cuando supieron que era llegado el momento de vengar la afrenta del Guadalete; cuando creyeron que con valor y constancia podian salvar á su Jerez querida, reedificar sus templos y restituirse á sus hogares, entonces su valor raya en lo sublime y sus hazañas demuestran que son verdaderamente grandes y esforzados. ¡Oh! ¡qué fecha tan memorable! ¡Oh! ¡qué dia tan glorioso para esta tierra de mártires y de héroes! ¡dia 9 de Octubre

de 1255! (1) Ya el sarraceno no puede resistir por más tiempo el empuje de las castellanas huestes que manda un príncipe valeroso á quien propios y extraños, su siglo y la posteridad saludan con el dictado de Sábio: ya el rey moro humillado, vencido por la constancia de tantos héroes en quienes se anida la santa fé católica, entrega al Sábio Alfonso las llaves de vuestra ínclita ciudad: ya están rotas en pedazos mil las cadenas de los cautivos; ya los muros de Jerez ostentan con orgullo las victoriosas banderas de Castilla; ya, en fin, irradia en este hermoso cielo el refulgente astro de la libertad. ¡Gloria á vosotros, ilustres varones, intrépidos caudillos! ¡Vosotros, los que recojisteis estos hermosos laureles; la historia, á través de sus siglos, repite con orgullo vuestros nombres y Jerez, la noble Jerez todavía trasmite á sus hijos el sentido relato de vuestras hazañas y proezas: pues bien; decid á esta generacion descreída si no es cierto que el fuego religioso que animaba vuestros valientes pechos fué el que os llevó á luchar y vencer en la más decidida victoria!

Pero hay más; todavía existe en la historia otra fecha memorable escrita con caracteres de oro: el dia 9 de Octubre de 1264. ¡Coincidencia singular! en este dia la religion celebraba el triunfo de San Dionisio y en este dia vuestros abuelos coronan de nuevo sus frentes con los laureles de la victoria. Dos ilustres caballeros, Garci-Gomez Carrillo y Fortun de Torres con otros cien héroes quedan encargados por el rey Alfonso de defender la ciudad redimida. Esfuerzos sublimes, hazañas heróicas, abnegacion, gran-

(1) D. Adolfo de Castro en su *Historia de Cádiz y su provincia*, lib. IV, cap. II.

des sacrificios; (1) pero ¡ay! Jerez cae de nuevo en poder de la media-luna y de nuevo ondean en su alcázar las odiadas banderas del africano; pero no importa: sabrán una vez más los hijos de Mahoma que no en balde adoran los jerezanos al Omnipotente Dios de las batallas. Cinco meses de horrores, cinco meses de sitio, cinco meses de valor y denuedo; pero al cabo el día de San Dionisio de 1264 las torres y murallas de Jerez ostentan los pendones castellanos donde impresa estaba la imágen de la bendita María.

¡Oh, qué nombres tan ilustres! esos nombres no pueden borrarse de la historia á pesar de los desesperados esfuerzos del tiempo: Yañez Palomino, Nuño de Cañas, Nuño de Villavicencio, Diego Pabon, Martínez de Hinojosa, Perez de Vargas, Gutierrez de Orbaneja, Lara, Dávila, Medina, Mendoza, Mateos. Señores: no permita el cielo que yo en este sitio sagrado emplee las armas de la adulacion y de la lisonja: sé que muchos de vosotros llevais estos apellidos y que vuestros blasones son las armas de aquellos héroes: cito estos nombres para deciros que toda la grandeza del pueblo Ibero se debe al catolicismo; el profundo sentimiento religioso de nuestros padres los llevó á la lucha; el vehementísimo deseo de ver devuelta esta ciudad á la religion y á la patria los llevó á la victoria: la fama repite con entusiasmo sus nombres diciéndoos que para ser verdaderamente nobles fuerza es ser profundamente cristianos, porque nobleza sin virtud es falso oropel; es gloria pero sin inmortalidad; es luz vivísima pero fugaz y transitoria como la del relámpago que brilla no más que un instante. Vosotros que tan justamente os preciais de contar entre vuestros antepasados á

(1) Fortun de Torres sucumbe gloriosamente en el Alcázar defendiendo la bandera de Jerez, y Gomez Carrillo fué herido gravemente en el mismo día.—(*Manusc. antiguos.*)

alguno de los que hicieron morder el polvo al africano en Matanza, Matanzuela, Majaceite, Redira, Tempul, Melgarejo, Gigonza y el Salado, imitad á vuestros padres en las santas y puras virtudes que practicaban, á fin de que vuestros timbres y blasones simbolicen, no sólo la nobleza de vuestro linaje, sino que tambien la acendrada piedad de vuestro corazon, y educad á vuestros hijos, al mismo tiempo que en las tradiciones de vuestras familias, en las piadosas prácticas de vuestros antepasados; en las cristianas virtudes que encendieron su valor, los llevaron á vencer y por las que sus nombres escritos están con letras de oro en la historia de la patria.

Señores: en vista de estos hechos memorables y ante la gloriosa tumba de tantos héroes y de tantos mártires, rechazemos toda doctrina que no nos conduzca á la verdadera grandeza y á la verdadera gloria: la filosofia anticatólica á cuyo estudio viene dedicándose el presente siglo es la misma que profesaban los antiguos paganos; y aunque ahora se reviste de formas más nuevas, más seductoras para atraer á los incautos, deja sin embargo en el alma el vacío, la duda, el indiferentismo, y en las sociedades deposita gérmenes de disolucion que robusteciéndose las arrastrarán á la más espantosa anarquía. Sed católicos, como fueron vuestros padres; que con el catolicismo tendríamos verdaderos filósofos, profundos políticos, consumados legisladores, hábiles artistas; que con el catolicismo tendríamos orden, paz, libertad, verdadera civilizacion; porque está probado suficientemente con la experiencia: en la lucha terrible entre el error y la verdad, el mal y el bien, el vicio y la virtud, que viene sosteniendo la sociedad actual con menoscabo de todos sus intereses, la fé católica es la única que nos ofrece la victoria. *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.*

¿A quién si nó debe España su nombre entre las naciones, su grandeza y su poderío? Al catolicismo: él la regeneró levantándola del envilecimiento en que yacia, la salvó de mil peligros y la puso en el camino de su verdadera civilización. ¡Oh! yo no comprendo cómo puede haber español amante de su patria y conocedor de su historia que sea enemigo de la idea católica.

Este sentimiento religioso constituyó nuestra nacionalidad despues de haber roto las cadenas que nos oprimian; animó á nuestros guerreros para sostener una encarnizada lucha de ocho siglos contra los hijos del desierto; llevó al intrépido Colon allende los mares en busca de nuevo mundo que ofrecer, cual preciado florón, á la ya reluciente corona de Castilla: la santa influencia de la fé católica dictó en nuestros códigos leyes tan equitativas como las que se leen en nuestros antiguos fueros y en las Siete Partidas; fundó nuestras más célebres universidades donde la piedad y virtud se enseñaban; levantó para gloria de la religion y gloria del arte templos tan suntuosos como el Escorial ó como las góticas catedrales de Toledo, Búrgos, Leon y Sevilla; inspiró á escritores tan célebres como Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de Leon, Santa Teresa de Jesus y Miguel de Cervántes; á poetas como Calderon, Lope de Vega y Tirso de Molina; á pintores como Zurbarán y Murillo, y á escultores como el siempre célebre Martínez Montañéz. Esa misma fé formó en nuestra patria monarcas como los ya citados Alfonsos, Carlos V y Felipe II; hábiles políticos como el Cardinal Cisneros; ilustres capitanes como Gonzalo de Córdoba, y otros mil. Por la fé, por la maravillosa influencia de la fé, vencimos en cien y cien combates contra naciones extranjeras; recojimos en Lepanto verdes y hermosos laureles; abatimos en Za-

ragoza, Bailén y Madrid el orgullo desmedido de Napoleon, y en nuestros mismos dias hemos demostrado á los sectarios del Alcorán, que no han disminuido en nuestra patria los hijos de Pelayo y del Cid. Señores: lo repito; en España todo se debe al Catolicismo, por más que la impiedad lo niegue: olvidad la fé de vuestros padres; olvidad nuestro Catolicismo histórico, pero tendreis que olvidar al mismo tiempo nuestras glorias artísticas, nuestras glorias literarias, nuestras glorias científicas, nuestras glorias militares y nuestras glorias políticas; porque todo esto ha nacido en nuestro suelo como plantas preciosas á la accion salvadora de la divina Cruz del Calvario. Españoles: dejad á los hijos de las tinieblas con sus ilusiones; seamos nosotros católicos, porque la fé, al mismo tiempo que renueva el corazon del hombre, engrandece á las sociedades, en lo cual consiste la más gloriosa victoria. *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.*

ILMO. SR.: SR. EXCMO.: He terminado el discurso, y fuerza es condensar en un brevísimo epílogo todo lo dicho hasta aquí: Dionisio, pequeño, á pesar de su ciencia, su nobleza, su posición social y sus honores; pero grande hasta el heroísmo cuando ilumina su razon con las luces de la fé, nos enseña cuán maravillosa es la virtud del Catolicismo, regenerando al individuo y abriéndole de par en par las puertas del verdadero templo de la gloria; nuestros padres humillados por la afrenta, pero convertidos en héroes, cuando secundando el santo grito de Pelayo se lanzan á la lid, y no cesan, hasta que ven tremolado en los muros de la oprimida Jerez de la Frontera el victorioso lábaro de la Cruz, nos en-

señan cuán poderosa es la idea cristiana para hacer verdaderamente grandes á los pueblos: por eso para panegirizar el heroismo y la constancia de nuestro Santo Patrono y de vuestros ilustres abuelos creí oportuno poner al frente del discurso estas significativas palabras: *Nuestra fé es la única que dá la victoria en el mundo. Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.*

Ahora, jerezanos, en este solemne día en que conmemorais las glorias de vuestra amada ciudad; en este día en que levantais radiantes vuestras frentes hácia el sólio del Altísimo para ofrecerle los rendidos tributos de vuestra gratitud y de vuestro amor, contemplad ese ínclito mártir del Catolicismo, que es vuestro Patrono; contemplad ese gloriosísimo pendon, victorioso en cien batallas y teñido en la sangre de vuestros mayores; contemplad los castillos y leones que orlan vuestro noble escudo de armas, como símbolo de la fortaleza y del valor de aquellos héroes, y ante tanta santidad é hidalguía tanta, protestad que os hareis dignos descendientes de aquellos varones esclarecidos: sed católicos como ellos fueron, que vuestros padres desde el cielo, donde morarán en premio de sus virtudes, de su abnegacion y de su patriotismo, os ven complacidos, y á Dios pedirán para que en Jerez jamás falten las virtudes de los pueblos verdaderamente civilizados.

Autoridades públicas, sed celosas, así de los intereses materiales del pueblo que os está encomendado como de sus intereses espirituales; que no se escuchen en nuestras plazas y calles esas horribles blasfemias que dicen muy poco en pró de la cultura é ilustracion de un pueblo; procurad que los niños que se educan en vuestras escuelas lleven impresas en su tierno corazón las cristianas máximas

que de ellos harán buenos ciudadanos y honrados padres de familia.

Padres de familia: educad á vuestros hijos en la santa fé de vuestros mayores; vigilad muy mucho su educacion científica y moral en estos tiempos de errores y de vicios, no sea que, descuidados vosotros, al pasar algunos años, encontreis en el hijo de vuestra alma una inteligencia llena de errores, ó un corazón enteramente corrompido.

Jóvenes que ahora os formais para la religion y para la sociedad, aprended en las puras fuentes de vuestra gloriosa historia; el cristiano y el caballero, solo los forma el Catolicismo; la religion que os presenta santos como vuestro Patrono el Mártir San Dionisio, héroes como los de Matanza, Redira, Maja-ceite y el Salado; aprended de ellos la virtud, el valor y el heroismo, y rechazad las doctrinas extranjeras que tienden á apartaros de la santa fé de vuestros mayores, única que os dará la victoria en el mundo. *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.*

Con estos firmes propósitos, vamos ahora ante nuestro insigne Patrono y le diremos:

Ínclito Mártir, Dionisio inmortal; nos protejistes en los días de la tribulacion y de la prueba; pues miranos ahora propicio desde el cielo y defiéndenos de todos los errores y de todos los peligros; pide por la Santa Iglesia Católica y por su Gerarca Supremo; sé el protector de esta nacion que al Catolicismo debe toda su gloria y toda su grandeza; protege á su jóven monarca D. Alfonso XII, para que su reinado nos recuerde las glorias de los ilustres reyes de quienes lleva el nombre; á nuestros gobernantes y magistrados para que jamás se aparten de los santos principios católicos. Sé tú, exclarecido Mártir, el Ángel tutelar de España; el abogado de esta nobilísima ciudad de Jerez de la Frontera, á

fin de que, unidos todos en la fé, en la esperanza y en la caridad que engrandecieron tu nombre, seamos felices en la vida, y contigo gocemos, despues de la muerte, de la felicidad prometida á los justos en la gloria. AMEN.

